**118. Realidad**

Al recoger unas fotografías de la tienda observé que un señor miraba una intensamente. Lo vi salir, pero recién pisada la calle Sierpes volvió y con tono algo áspero le dijo al dueño: «¿Qué le habéis hecho?». La miró con fijeza contestándole: «Señor, no entiendo su pregunta. Me parece que carece de defectos notables. Su nieta está bien enfocada y también el resto de los enseres: la mesa, el espejo… ».

«Mire ─le dijo alterado─, aquí ha ocurrido algo. Dentro del espejo hay una escena desconocida para mí. No conozco a esta señora, ni en mi casa existe ese piano que está en el fondo, ni esta lámpara de mesa, ni el cojín, tampoco esa gran copa, nada de lo que se divisa en el espejo me pertenece. De haber reflejado algo sería una pecera que estaba detrás de mí. Por favor, dígale al técnico que venga».

Llegó presuroso, la introdujo en una máquina que permitía verla ampliada y todos la miramos con detenimiento para opinar lo mismo: nada tenía de extraño. «¡Oigan, les digo que todo lo que se ve en el espejo no existe en mi casa, pertenecerá a otro lugar, a otra casa, que sé yo…!».

Decidí intervenir. «No se altere, aunque tiene motivos. Dentro de lo inaudito, estas cosas ocurren, más cuando intervienen espejos, objetos un tanto singulares en la temática paranormal. Podría sacar otras en el mismo lugar, verlas con una lupa, es por si acaso le llega un recuerdo. ¿Dónde vive? ¿Acaso en una casa antigua? ¿Ha fallecido alguna persona?». El buen hombre, algo más tranquilo, me contestó que vivía en una octava planta en el barrio de Nervión y nadie murió durante los algo más de cuarenta años vividos en el piso que estrenó.

«Últimamente sueño con mi padre, lo veo con unos cincuenta años, pero solo desde que tomo un medicamento. Aunque desde hace tiempo, tanto mi mujer como yo, escuchamos unos golpes en la cocina a partir aproximadamente de las once y media de la noche, y también de madrugada cuando vamos por cualquier causa. Ella se asusta, la tranquilizo asegurándole que son crujidos de muebles... pero no sé su origen». Le di mi nombre y el teléfono por si acaso podía ayudarle pero no me ha llamado. A su vez, solo me dio su nombre.

Cuando regresaba a casa recordé las palabras de mi sabio amigo Ignacio Darnaude: «La enigmática fenomenología de la física cuántica se relaciona por desconocidos atajos vibratorios con los eventos místicos, ufológicos y parapsicológicos. En tal submundo yace la genuina esencia de la realidad universal».

He tratado de ponerme a punto por si don Antonio me llamaba. Y, ahondando entre los misterios yacentes en mis papeles, encontré pensamientos:

«Abundan los físicos y neurólogos que cuestionan si la realidad es tal cual la percibimos o muy diferente. Es decir, que el cerebro constituye un gran simulador.¿Cómo podemos hacer de lo real el fundamento de nuestra existencia si lo considerado como tal depende de nuestras teorías? ¿Acaso la materia no está formada por ondas de probabilidad, es decir, por ondulaciones de la nada?. Lo fantástico es una manifestación de las leyes naturales, un efecto del contacto con la realidad cuando ésta se percibe directamente y no filtrado por el sueño intelectual, por los hábitos, por los prejuicios o por los muchos conformismos. Estamos ante la gran revolución: aquella que implica un cambio de paradigma; una nueva forma de interpretar la realidad. Siempre que analizamos cualquier aspecto de la naturaleza nos damos cuenta de que la realidad es más extraña de lo que pensamos. Los fenómenos paranormales son plenamente normales y son comunes en un omniverso donde coexisten múltiples sistemas de realidad con sus diferentes dotaciones de leyes naturales».

No rebusqué más. Cualquier frase encontrada encierra kilos de enjundia. Y como sé que la realidad es incierta y diferente para cada ser humano, reflexionaré para averiguar cuál es la que poseo.